

Cambiando de nuevo la entonación de su lira, Eudoro repitió el canto del santo rey Ezequías y el de los israelitas desterrados en las orillas de los ríos de Babilonia; hizo gemir la voz de Rama y suspirar al hijo de Amós:

«Llorad, puertas de Jerusalén. ¡Oh Sion, tus sacerdotes y tus hijos han sido reducidos a esclavitud!»

Cantó las numerosas vanidades de los hombres: vanidad de las riquezas, vanidad de la ciencia, vanidad de la gloria, vanidad de la amistad, vanidad de la vida, vanidad de la posteridad! Descubrió la falsa prosperidad del impío, y prefirió el justo que muere al perverso que le sobrevive. Hizo el elogio del pobre virtuoso y el de la mujer fuerte:

«Ha buscado la lana y el lino, y ha trabajado con manos hábiles e ingeniosas; levántase en la noche para distribuir el trabajo á sus domésticos y el pan á sus criados; está revestida de hermosura. Sus hijos se han levantado y publicado que era feliz; su marido se ha levantado y la ha elogiado.»

«¡Oh Señor! exclamó el joven cristiano, inflamado por estas imágenes; vos sois el verdadero soberano del cielo; vos habéis señalado su lugar á la aurora. A vuestra voz el sol se ha elevado en el Oriente, y ha avanzado como un gigante soberbio, ó como el esposo radiante que sale del tálamo nupcial. Llamais al trueno, y el trueno os responde temeroso: «¡Héme aquí, Señor!» Rebajais la altura de los cielos; vuestro espíritu vuela en los torbellinos; la tierra se estremece al soplo de vuestra cólera, y los muertos llenos de pavor huyen de sus sepulcros. ¡Oh Dios! ¡Cuán grande sois en vuestras obras! Y ¿quién es el hombre, para que le consagreis vuestro corazón? Y no obstante, es el objeto eterno de nuestra inagotable complacencia. ¡Dios fuerte, Dios clemente, Esencia increada, Anciano de los días, gloria á vuestro poder, amor á vuestra misericordia!»

Así cantó el hijo de Lastenes. Este himno de Sion resonó á lo lejos en las cavernas de la Arcadia, sorprendidas al repetir, en lugar de los sonidos afeminados de la flauta de Pan, los varonilesacentos del harpa de David. Demodoco y su hija estaban demasiado sorprendidos para dar señal alguna de su emoción. Los vivos resplandores de la Escritura habían en cierto modo deslumbrado sus corazones acostumbrados á no recibir sino una luz mezclada de tinieblas; no conocían las divinidades celebradas por Eudoro, pero tomaron á este por Apolo, y querían consagrarle una tripode de oro, no tocada aun por la llama. Cimodocea se acordaba especialmente del elogio de la mujer fuerte, y se proponía ensayar este canto en su lira. Por otra parte, la familia cristiana estaba sumergida en los pensamientos mas serios, porque lo que para los extranjeros era técnicamente una sublime poesía, era para ella una serie de misterios profundos y verdades eternas. El silencio de los circunstantes hubiera durado mucho tiempo, á no haber sido súbitamente interrumpido por los aplausos de los pastores. El viento les había llevado las voces de Cimodocea y Eudoro, y habían bajado en tropel de sus montañas, para escuchar aquellos conciertos, creyendo que las Musas y las Sirenas habían renovado en las mágenes del Alfeo el combate que en otro tiempo se habían dado; cuando las hijas de Acheloo, vencidas por sus doctas hermanas, se vieron obligadas á despojarse de sus alas.

Era mas de la media noche por lo que el obispo de Lacedemonia invitó á sus huéspedes á que se retirasen. Semejante al viñador fatigado al terminar el día, llama tres veces al Señor y adora. Entonces los cristianos, después de haberse dado el ósculo de paz, vuelven á sus hogares, castamente recogidos.

Demodoco fue conducido por un criado al lugar que le había sido preparado, no lejos del aposento

destinado á Cimodocea. Cirilo, después de haber meditado la palabra de vida, se tendió sobre un lecho de cañas. Empero no bien hubo cerrado sus párpados, tuvo un ensueño: parecióle que las heridas de su antiguo martirio se abrían de nuevo, y que de nuevo sentía con un placer inefable correr su sangre por Jesucristo. Al mismo tiempo vió á una joven y á un joven rodeados de resplandores subir de la tierra á los cielos; con la palma que sostenían le invitaban á seguirles; pero no pudo descubrir sus rostros porque sus cabezas estaban envueltas en un velo misterioso. Levantóse lleno de una santa agitación, creyendo reconocer en este ensueño alguna advertencia para los cristianos. Púsose, pues, á orar anegado en lágrimas, y se le oyó exclamar muchas veces en el silencio de la noche:

«¡Oh Dios mio! Si todavía se necesitan víctimas, elegidme para la salvación de vuestro pueblo!»

LIBRO TERCERO.

SUMARIO. La oración de Cirilo sube al trono del Todopoderoso. El cielo. Los ángeles, los santos. Tabernáculo de la Madre del Salvador. Santuario del Hijo y del Padre. El Espíritu Santo. La Trinidad. La oración de Cirilo se presenta al Eterno; el Eterno la recibe, pero declara que el obispo de Lacedemonia no es la víctima que debe rescatar á los cristianos. Eudoro es la víctima escogida. Motivos de esta elección. Las milicias celestiales toman las armas. Cántico de los santos y de los ángeles.

Las últimas palabras de Cirilo subieron al trono del Eterno. El Todopoderoso aceptó el sacrificio, pero el obispo de Lacedemonia no era la víctima que Dios había escogido en su cólera y en su misericordia para espíar las faltas de los cristianos.

En el centro de los mundos creados y en medio de los astros innumerables que le sirven de murallas y de caminos, flota esa inmensa ciudad de Dios, cuyas maravillas no puede referir la lengua de un mortal. El Eterno colocó por sí mismo sus doce cimientos y la rodeó con aquella muralla de jaspes que el discípulo predilecto vió medir por un ángel con una vara de oro. Revestida de la gloria del Altísimo, la invisible Jerusalén está adornada como una esposa para su esposo. ¡Huid, monumentos de la tierra, que tanto distais de estos monumentos de la Ciudad Santa! La riqueza de la materia compete con la perfección de las formas. Brillan allí suspendidas galerías de záfiro y diamantes, debilmente imitadas por el genio humano en los jardines de Babilonia; allí se elevan arcos de triunfo, formados de las mas rutilantes estrellas, allí se enlazan pórticos de soles, prolongados hasta lo infinito á través de los espacios del firmamento, como las columnas de Palmira en las arenas del desierto. Esta arquitectura es viva, pues la ciudad de Dios está dotada de inteligencia. Nada es materia en las moradas del Espíritu, nada carece de vida en las mansiones de la existencia eterna. Las palabras groseras que la Musa se ve obligada á emplar, nos engañan: revisten de atributos corpóreos lo que no existe sino como un ensueño divino en el discurso de un sueño venturoso.

En derredor de la radiante Jerusalén se dilatan deliciosos jardines. Un río que brota del trono del Todopoderoso, riega el celestial Eden y lleva en sus ondas el amor puro y la sabiduría de Dios. Las aguas misteriosas se dividen en diferentes canales que se enlazan, se dividen, vuelven á confundirse, se separan de nuevo, y hacen crecer con la viña inmortal el lirio semejante á la esposa y las flores que perfuman el tálamo del esposo. El árbol de vida descuello sobre la colina del incienso; un poco mas lejos, el

árbol de ciencia estiende en todas direcciones sus raíces profundas y sus innumerables ramas, llevando ocultas bajo su follaje de oro los secretos de la Divinidad, las leyes ocultas de la naturaleza, las realidades morales e intelectuales y los inmutables principios del bien y del mal. Estos conocimientos que nos embriagan forman el alimento de los escogidos; porque en el imperio de la soberana sabiduría, el fruto de ciencia no da ya la muerte. Los dos grandes progenitores del género humano van con frecuencia á derramar lágrimas (del modo que los justos pueden derramarlas), á la sombra de aquel árbol maravilloso.

La luz que alumbra aquellas afortunadas regiones se compone de las rosas de la mañana, de las llamas del mediodía y de la púrpura de la tarde; no obstante, ningún astro se presenta en el horizonte luminoso; ningún sol nace, ningún sol se pone en los lugares donde nada concluye, donde nada empieza; pero una claridad inefable que desciende de todas partes como un tierno rocío, mantiene el eterno día de la deleitosa eternidad.

En el átrio de la Ciudad Santa y en los campos que la rodean, están á vez reunidos ó repartidos los coros de los querubines y de los serafines, de los ángeles y de los arcángeles; de los tronos y de las dominaciones: ministros todos de las obras y de la voluntad del Eterno. A estos ha sido concedido todo poder sobre el fuego, el aire, la tierra y el agua; á aquellos pertenece la dirección de las estaciones, de los vientos y las tempestades; hacen madurar las mieses, levantan la tierra flor, y encorvan hácia el suelo el árbol caduco. Ellos suspiran en los antiguos bosques. hablan en las olas del mar y precipitan los ríos desde la cumbre de las montañas. Unos guardan los veinte mil carros de guerra de Sabaoth y de Elohé; otros custodian el carcaj del Señor, sus rayos inevitables y sus terribles corceles, conductores de la peste, la guerra, el hambre y la muerte. Un millon de estos genios ardientes arreglan los movimientos de los astros, y se relevan alternativamente en estos empleos magníficos como los vigilantes centinelas de un numeroso ejército. Hijos del soplo de Dios, en diferentes épocas, estos ángeles no tienen la misma vejez en las generaciones de la eternidad; un número infinito fue creado con el hombre para fortalecer sus virtudes, dirigir sus pasiones y defenderle de los ataques del infierno.

Allí están tambien reunidos para siempre los mortales que han practicado la virtud sobre la tierra; los patriarcas, sentados sobre palmas de oro; los profetas, cuya frente fulgura con rayos de viva luz; los apóstoles, que llevan sobre su corazón los santos Evangelios; los doctores que tienen en la mano una pluma inmortal; los solitarios retirados en las grutas celestiales; los mártires, vestidos de túnicas resplandecientes; las vírgenes, coronadas de las rosas de Eden; las viudas, con la cabeza adornada de largos velos; y todas esas mujeres pacíficas que bajo simples túnicas de lino se hicieron las consoladoras de nuestros llantos y las participantes de nuestras miserias.

¿Es el hombre enfermo y desgraciado quien podría hablar de las felicidades supremas? Sombras fugitivas y deplorables, ¿sabemos acaso lo que es la felicidad? Cuando el alma del cristiano fiel abandona su cuerpo, como un esperto piloto deja el fragil bajel próximo á sumergirse en el Océano, ella sola conoce la verdadera bienaventuranza. El supremo bien de los elegidos es saber que este bien sin medida no tendrá fin; están incesantemente en el estado delicioso de un mortal que acaba de hacer una acción virtuosa ó heroica; de un genio sublime que produce una idea gigantesca; de un hombre que experimenta las emociones de un amor legítimo; ó los encantos

de una amistad largo tiempo acrisolada por el infortunio. Así es que las pasiones nobles no se han extinguído en el corazón de los justos, sino que únicamente se han purificado; los hermanos, los esposos, los amigos continúan amándose, y estos afectos que viven y se concentran en el seno de la Divinidad misma, se impregnan en algun modo en la grandeza y la eternidad de Dios.

Ya estas almas satisfechas descansan reunidas á la márgen del río de la Sabiduría y del Amor; la hermosura y la omnipotencia del Altísimo son objeto perpétuo de sus pláticas.

«¡Oh Dios! dicen, ¿cuánta es vuestra grandeza! Todo lo que habeis hecho nacer se encierra en los límites del tiempo, y el tiempo que se presenta á los mortales como un mar sin límites, es tan solo una gota imperceptible del Océano de vuestra eternidad.»

Ya los predestinados, para glorificar mejor al rey de los reyes, recorren su maravillosa obra; la creación que contemplan desde los diferentes puntos del universo, les ofrece espectáculos encantadores; así, (si los grandes objetos pueden compararse á los pequeños), así se muestran á los ojos del viajero los soberbios campos del Indo, los ricos valles del Dehly y de Cachemira; las playas cubiertas de perlas y perfumadas de ámbar, donde las tranquilas olas van á espirar al pié de los caneleros en flor. El color de los cielos, la disposición y magnitud de las esferas, que varían según el movimiento y las distancias son para los espíritus bienaventurados un manantial inagotable de admiración. Se complacen en conocer las leyes que hacen girar con tanta celeridad esos cuerpos graves en el éter fluido; visitan esa luna tranquila que en la calma de las noches iluminó sus oraciones ó sus amistades en la tierra. El astro húmedo y trémulo que precede los pasos de la mañana; ese otro planeta que brilla como un diamante en la cabellera de oro del sol; ese globo de larga edad que camina al resplandor de cuatro antorchas pálidas; esa tierra enlutada que lejos de los rayos del sol lleva un anillo como una viuda inconsolable; todas esas antorchas errantes de la casa del hombre atraen las meditaciones de los elegidos.

Finalmente, las almas predestinadas vuelan hasta esos mundos de que nuestras estrellas son los soles, y oyen los conciertos desconocidos de la Lira y del Cisne celestiales. Dios, de quien se deriva una creación no interrumpida, no deja descansar su curiosidad santa, ora rompa en los mas remotos confines del espacio, un antiguo universo; ora seguido del ejército de los ángeles, lleve el órden y la hermosura al seno del caos.

Pero el objeto mas admirable ofrecido á la contemplación de los santos es el hombre. Interésanse todavía en nuestros pesares y en nuestros placeres, escuchan nuestros votos, ruegan por nosotros; con nuestros patronos y nuestros consejeros; regocíjense siete veces cuando un pecador vuelve al redil; se estremecen con un caritativo temor cuando el ángel de la muerte lleva un alma tímida á los piés del supremo juez. Pero si ven al descubierto nuestras pasiones, ignoran no obstante, por medio de qué arte se confunden en nuestro seno tantos elementos opuestos: Dios, que permite á los bienaventurados penetrar las leyes del universo, se ha reservado el maravilloso secreto del corazón humano. En este éxtasis de admiración y de amor, en estos arrebatos de una alegría sublime, ó en estos movimientos de una tierna tristeza, los elegidos repiten el grito de tres veces Santo, que deleita eternamente los cielos. El rey Profeta dirige las melodías divinas; Asaph, que suspiró los dolores de David, arregla los instrumentos animados por el aliento; y los hijos de Coré tañen las harpas, las liras y los salterios que tiemblan bajo la mano de los ángeles. Los seis días de la Creación, el des-

canoso del Señor, las fiestas de la antigua y nueva ley, son alternativamente celebradas en los reinos imprecaderos. Entonces las bóvedas sagradas se coronan de una aureola mas viva; entonces, del trono de Dios, de la luz misma esparcida por las mansiones intelectuales, se desprenden sonidos tan suaves y delicados, que no podríamos oírlos sin fallecer. ¡Musa! ¿dónde hallarías imágenes para pintar estas solemnidades angélicas? ¿Sería debajo de los pabellones de los príncipes de Oriente, cuando sentados bajo un trono que brilla con resplandeciente pedrería, el monarca reúne su fastuosa corte? O bien, ¡oh Musa! ¿reproducirías los recuerdos de la terrestre Jerusalén, cuando Salomón quiso dedicar al Señor el santuario del pueblo fiel? El sonoro clamor de las trompetas conmovía las cumbres de Sion; los levitas repetían en coro el cántico de los Grados; los ancianos de Israel marchaban con Salomón delante de las Tablas de Moisés; el gran sacrificador inmolaba innumerables víctimas; las hijas de Judá formaban pasos acompasados en torno del Arca de la Alianza; sus bailes, tan piadosos como sus himnos, eran alabanzas al Criador.

Los conciertos de la Jerusalén celestial resuenan especialmente en el tabernáculo purísimo donde habita en la ciudad de Dios la adorable madre del Salvador. Rodeada del corazón de las viudas, de las mujeres fuertes y de las vírgenes sin mancha, María está sentada sobre un trono de candor. Todos los suspiros de la tierra suben hasta ese trono por caminos secretos; la consoladora de los afligidos escucha el grito de nuestras mas ocultas miserias; lleva á los piés de su hijo, sobre el altar de los perfumes, la ofrenda de nuestros llantos; y para hacer mas eficaz el holocausto, mezcla con ellos algunas de sus lágrimas divinas. Los espíritus custodios de los hombres van á implorar sin cesar, en pró de sus amigos los mortales, á la Reina de las misericordias. Los dulces serafines de la gracia y de la caridad la sirven de rodillas; en su derredor se reúnen tambien los interesantes personajes del Pesebre. Gabriel, Ana y José; los pastores de Belén y los magos del Oriente. Véase tambien llegar presurosos á este lugar los niños que mueren al nacer, y que transformados en pequeños ángeles parecen haberse convertido en los compañeros del Mesías en la cuna. Balancean suavemente ante su madre celestial incensarios de oro, que se elevan y descienden con un ruido armonioso, y de los cuales se desprenden en ligeros vapores los perfumes de amor y de inocencia.

Desde los tabernáculos de María se pasa el santuario del Salvador de los hombres; allí el Hijo conserva con sus miradas los mundos que el Padre ha creado; está sentado á una mesa mística; veinte y cuatro ancianos vestidos de túnicas blancas y ceñidas las sienas de coronas de oro, están colocados sobre tronos á su lado. No lejos de él está su carroza viva, cuyas ruedas fulminan rayos y relámpagos. Cuando el Deseado de las naciones se digna manifestarse á los elegidos en una vision íntima y completa, los elegidos caen como muertos en su presencia; pero él tiende su diestra y les dice:

«Levantaos; nada temais, ¡vosotros sois los benditos de mi Padre; miradme! yo soy el Primero y el Último.»

Mas allá del santuario del Verbo, se estienden sin fin anchos espacios de fuego y de luz. El padre habita en el fondo de estos abismos de vida. Principio de todo lo que fue y será, lo pasado, el presente y el porvenir se confunden en él. Allí se ocultan los manantiales de las verdades incomprensibles al mismo cielo; la libertad del hombre y la preesciencia de Dios; el ser que puede caer en la nada, y la nada que puede convertirse en ser; allí especialmente se cumple, lejos de la vista de los ángeles, el misterio de la Trinidad.

El espíritu que sube y baja sin cesar del Hijo al Padre y del Padre al Hijo, se une con ellos en aquellas profundidades impenetrables. Un triángulo de fuego brilla entonces en la entrada del Santo de los santos; los globos se detienen de respeto y de temor, enmudece el Hosanna de los ángeles, y las milicias inmortales no saben cuales serán los decretos de la Unidad viva; no saben si el tres veces Santo va á cambiar en la tierra y en el cielo las formas materiales y divinas; ó si llamando á sí los principios de los seres, obligará á los mundos á entrar en el seno de su eternidad.

Las esencias primitivas se separan; el triángulo ígneo desaparece; el oráculo se entrebrea y se manifiestan las tres Potencias. Sostenido en un trono de nubes, el Padre tiene en la mano un compás; á sus piés se mira un círculo; el Hijo, armado del rayo está á su derecha, y el Espíritu se eleva á su izquierda como una columna de luz. Jehová hace una señal, y los tiempos, ya seguros, emprenden de nuevo su curso, las fronteras del caos se retiran y los astros prosiguen sus armoniosos caminos. Los cielos prestan entonces un atento oído á la voz del Todopoderoso, que revela algunos de sus vastos designios sobre el universo.

Al instante en que la oracion de Cirilo llegó al trono del Eterno, las tres Personas se mostraban de este modo á los deslumbrados ojos de los ángeles. Dios queria coronar la virtud de Cirilo, pero el santo prelado no era la víctima de predileccion señalada para la nueva persecucion; habia ya padecido en nombre del Salvador; y la justicia del Todopoderoso pedía una hostia entera.

A la voz de su venerable mártir, Jesucristo se inclinó ante el Arbitro de los humanos, é hizo temblar en la inmensidad del espacio todo lo que no era el escabel de Dios. Abre sus labios donde respira la ley de clemencia, para presentar al anciano de los dias el sacrificio del obispo de Lacedemonia. Los acentos de su voz son mas suaves que el óleo de justicia con que Salomón fue consagrado; mas puro que la fuente de Samaria, mas grato que el murmullo de los olivos en flor, mecidos por el blando soplo de la primavera, en los jardines de Nazaret ó en los valles del Tabor.

Implorado por el Dios de mansedumbre y de paz en favor de la Iglesia amenazada, el Dios fuerte y terrible hizo conocer á los cielos sus designios sobre los fieles. No pronunció sino una palabra; pero una de esas palabras que fecundizan la nada, que hacen nacer la luz, ó que encierran el destino de los imperios.

Esta palabra descubre súbitamente á las legiones de los ángeles, á los coros de las vírgenes, de los santos, de los reyes y de los mártires, el secreto de la sabiduría. Ven en la palabra del supremo Juez, como en un purísimo rayo del sol, las concepciones de lo pasado, las preparaciones del presente y los acontecimientos del porvenir.

Ha sonado el momento en que los pueblos sometidos á las leyes del Mesías, van al fin á gustar sin zozobra la dulzura de estas leyes propicias. Harto tiempo la idolatria levantó sus templos al lado de los altares del Hijo del Hombre: es preciso que desaparezca del mundo. Ya ha nacido el nuevo Ciro que romperá los últimos simulacros de los espíritus de tinieblas y pondrá el trono de los Césares á la sombra de los santos tabernáculos. Pero los cristianos, vencedores del hierro y del fuego, se han dejado afeminar en las dulzuras de la paz. Para mejor probarlos, la Providencia ha permitido que conociesen las riquezas y los honores, y no han podido resistir á la persecucion de la prosperidad. Es preciso, antes que el mundo pase á su dominio, que sean dignos de su gloria; han encendido el fuego de la cólera del Señor, y no alcanzarán perdon á sus ojos antes de haber sido purificados. Satanás

será desatado contra la tierra; va á empezar para los fieles una última prueba; los cristianos han caído, y serán castigados. El que debe espiar sus crímenes por un sacrificio voluntario, está señalado mucho tiempo há en el pensamiento del Eterno.

Tales son los primeros consejos que los habitantes de las mansiones celestiales descubren en la palabra de Dios. ¡Oh palabra divina! ¡Cuán larga y débil sucesion de tiempo y de ideas se ve obligada á emplear para espresarte, la palabra humana! Tu haces ver y comprender todo á los elegidos en un momento; y yo, tu indigno intérprete, desenvuelvo difícilmente en un lenguaje de muerte los misterios contenidos en un lenguaje de vida. ¡Con cuán santa admiracion, con qué piedad tan sublime, los justos conocen luego el holocausto pedido y las condiciones que le hacen agradable al Altísimo! Esta víctima que debe vencer al infierno por la virtud de los sufrimientos y de los méritos de la sangre de Jesucristo, esa víctima que marchará á la cabeza de otras mil, no ha sido escogida entre los príncipes y los reyes. Nacido en una condicion oscura, para imitar mejor al Salvador del mundo, este hombre amado del cielo desciende no obstante de ilustres antepasados. En él la religion va á triunfar de la sangre de los héroes paganos y de los sabios de la idolatria. En él serán honrados con un martirio olvidado por la historia, esos pobres ignorados del mundo, que van á sufrir por la ley; esos humildes confesores que no pronuncian al espirar sino el nombre de Jesucristo, dejarán sus propios nombres desconocidos á los hombres. Alma de todos los proyectos de los fieles, apoyo del príncipe que derribará los altares de los falsos dioses, necesitase aun que este cristiano llamado por la gracia, haya escandalizado la Iglesia y llorado sus errores, como el primer apóstol, para estimular al arrepentimiento á sus hermanos culpables. Ya, para darle las virtudes necesarias en el día del combate, el ángel del Señor, le ha llevado por la mano á diferentes naciones de la tierra; y ha visto el Evangelio estableciéndose en todas partes. En el curso de sus viajes, útiles á los designios de Dios, los demonios han tentado al nuevo predestinado, no entrado aun en las vias del cielo. Una grande y última falta, arrojándole en una gran desgracia, le ha hecho salir de las sombras de la muerte. Las lágrimas de su penitencia han empezado á correr; entonces, un solitario inspirado por Dios, le ha revelado una parte de sus fines. Pronto será digno de la palma que se le prepara. Tal es la víctima cuyo sacrificio desarmará la cólera del Señor y hundirá de nuevo á Lucifer en el abismo.

Mientras los santos y los ángeles penetran los designios anunciados por la palabra del Altísimo, esta misma palabra descubre otro milagro de la gracia á los coros de las mujeres bienaventuradas. Los paganos tendrán tambien su hostia, porque los cristianos y los adólatras van á reunirse para siempre al pié del Calvario. Este víctima será arrebatada al inocente rebaño de las vírgenes para espiar la impureza de las costumbres paganas. Hija de las bellas artes que seducen á los débiles mortales, unirá al yugo de la cruz los encantos y el genio de la Grecia. No la pide inmediatamente un decreto irrevocable; no tendrá el mérito ni el brillo del primer holocausto; pero, esposa designada del mártir y arrancada por él á los templos de los ídolos, aumentará la eficacia del principal sacrificio, multiplicando sus pruebas. sin embargo, Dios no abandonará á sus servidores al concono de Satanás; quiere que las legiones fieles empuñen sus armas, que consuelen y sostengan al cristiano perseguido; les confía el ejercicio de su misericordia, reservándose el de su justicia; el mismo Jesucristo fortalecerá al confesor que se inmola por la salvacion de todos; y María tomará bajo su proteccion á la vir-

gen tímida que debe aumentar los dolores, las alegrías y la gloria del mártir.

Estos destinos de la Iglesia, descubiertos á los elegidos por una sola palabra del Todopoderoso, interrumpieron los conciertos y suspendieron las funciones de los ángeles; media hora reinó el silencio en el cielo, como en el momento formidable en que Juan vió romper el séptimo sello del libro misterioso; las milicias divinas, heridas por el eco de la palabra eterna, permanecían en un mudo estupor; así cuando el trueno empieza á rugir sobre numerosos batallones, próximos á darse un combate frenético, la señal está suspensa; la mitad bañada en la pura luz del sol, la otra mitad envuelta en la sombra creciente, las cohortes permanecen inmóviles; ni el soplo mas leve hace flotar las banderas, que penden aplanadas sobre la mano que las lleva; las encendidas mechas humean inútiles al pié del bronce mudo; y los guerreros, sacudidos por el fuego del rayo, escuchan en silencio la voz de las tempestades.

El espíritu que guarda el estandarte de la cruz, tremolando súbitamente la bandera vencedora, hace cesar la inmovilidad de los ejércitos del Señor. Todo el cielo inclina al punto sus ojos hácia la tierra; María, desde lo alto del firmamento dirige la primera mirada de amor á la tierna víctima confiada á sus cuidados. Las palmas de los confesores reverdecen en sus manos, el escuadrón ardiente abre sus filas gloriosas para hacer lugar á los esposos mártires entre Felicitas y Perpetua, entre el ilustre Esteban y los grandes Macabeos. El vencedor del antiguo dragon Miguel, prepara su lanza formidable, y en torno suyo sus inmortales compañeros se cubren de sus centelleantes corazas. Los broqueles de diamante y de oro, el carcaj del Señor, las espadas flamíferas, son descolgadas de los pórticos eternos; el carro de Emmanuel se estremera sobre su eje de fuego y de relámpagos; los querubines baten sus alas impetuosas, y propagan el furor que anima sus ojos. Jesucristo baja á la mesa de los ancianos, que presentan á su bendicion dos túnicas nuevamente blanqueadas en la sangre del Cordero; el Padre Todopoderoso se encierra en las profundidades de su eternidad, y el Espíritu Santo derrama súbitamente torrentes de tan viva luz, que la creacion parece vuelve á sepultarse en la noche. Entonces, los coros de los santos y de los ángeles entonan el cántico de gloria:

«¡Gloria á Dios en las alturas del cielo!

«Disfrutad en la tierra dias tranquilos, vosotros los que camináis por los senderos de la bondad y de la mansedumbre. ¡Cordero de Dios, tú borras los pecados del mundo! ¡Oh milagro de candor y de modestia, tú permites á las víctimas hijas de la nada que imiten, que sacrifiquen por la salvacion de los pecadores! Siervos de Cristo perseguidos por el mundo, no os inquiete la felicidad de los perversos; no sufran, es verdad amarguras que les arrastren á la muerte; parece ignoran las humanas tribulaciones; llevan el orgullo en su cuello como un collar de oro; se embriagan en banquetes sacrilegos; rien y duermen como si no hubieran hecho mal; mueren tranquilamente sobre el lecho que han robado á la viuda y al huérfano; pero ¿á dónde van?

«El insensato ha dicho en su corazón: «¡No hay Dios! ¡Levántese Dios! ¡caigan esterminados sus enemigos! Avanza: las columnas del cielo han vacilado; el fondo de las aguas y las entrañas de la tierra han descubierto sus secretos á la presencia del Señor. Un fuego devorador sale de su boca; alza su vuelo sobre las abrasadas alas de los querubines, y fulmina por do quiera sus encendidas flechas. ¿Dónde están los hijos de los impíos? Han pasado siete generaciones desde la iniquidad de los padres, y Dios viene á buscar á los hijos en su furor; viene al tiempo señalado á castigar un pueblo culpable; viene á

«despertar á los protervos en sus palacios de cedro y de aloes, y á confundir el fantasma vano de su feñicidad transitoria.»

«¡Feliz aquel que pasando con lágrimas por los valles, busca á Dios como el manantial de las bendiciones! ¡Feliz aquel á quien le son perdonadas las iniquidades, y que halla la gloria en la penitencia! ¡Dichoso aquel que levanta en silencio el edificio de sus buenas obras, como el templo de Salomon, donde no se oían ni los golpes de la cuña, ni el ruido del martillo, mientras el respetuoso obrero construía la casa del Señor! Vosotros todos los que coméis sobre la tierra el pan de las lágrimas, repetid en loor del Altísimo el santo cántico:

«¡Gloria á Dios en las alturas del cielo!»

LIBRO CUARTO.

SUMARIO. Cirilo, la familia cristiana, Demodoco y Cimodocea se reúnen en una isla en la confluencia del Ladonte y del Alfeo, para oír del hijo de Lastenes el relato de sus aventuras. Principio de la narración de Eudoro. Origen de la familia de Lastenes. Opónese á los romanos, cuando invadieron la Grecia. El primogénito de la familia de Lastenes se ve precisado á entregarse en rehenes á Roma. La familia de Lastenes abraza el Cristianismo. Infancia de Eudoro. Parte á diez y seis años á reemplazar á su padre á Roma. Tempestad. Descripción del Archipiélago. Llegada de Eudoro á Italia. Descripción de Roma. Eudoro contrae una estrecha amistad con Gerónimo, Agustín y el príncipe Constantino, hijo de Constancio. Caracteres de Gerónimo, Agustín y Constantino. Eudoro es presentado en la corte: Diocleciano, Galerio, corte de Diocleciano. El sofista Hierocles, proconsul de Acaya y favorito de Galerio. Enemistad de Eudoro y Hierocles. Eudoro cae en todos los extravíos de la juventud y olvida su religión. Marcelino, obispo de Roma. Amenaza á Eudoro con la excomunión, si no vuelve al seno de la Iglesia. Excomunión fulminada contra Eudoro. Anfiteatro de Tito. Presentimiento.

Eudoro y Cimodocea, ocultos en un oscuro valle, en el fondo de los bosques de la Arcadia, ignoraban que en aquel momento los santos y los ángeles tenían fijas en ellos sus miradas, y que el mismo Todopoderoso se ocupaba de sus destinos, así los pastores de Canaan eran visitados por el Dios de Nacor, en medio de los rebaños que pacían al occidente de Betel.

No bien el gorjeo de las golondrinas anunció á Lastenes el amanecer, apresuróse á abandonar su lecho, y se envolvió en una túnica hilada por su diligente esposa y forrada con una lana protectora de los viejos. Salió precedido de dos perros de Laconia, sus fieles custodios, y se adelantó hácia el lugar en que debía descansar el obispo de Lacedemonia; pero vió al santo prelado en medio del campo ofreciendo su oración al Eterno. Los perros de Lastenes corrieron hácia Cirilo, y bajando la cabeza con un aire cariñoso, parecían los intérpretes de la obediencia y del respeto de su amo. Los dos venerables cristianos se saludaron con gravedad, y se pasaron luego por la falda de los montes, razonando acerca de la sabiduría antigua; así el anciano Evandro condujo á Anquises á los bosques de Peneo, cuando Priamo, entonces feliz, fue á buscar á su hermana Hesione á Salamina; ó como el mismo Evandro, desterrado en las orillas del Tiber, recibió al ilustre hijó de su antiguo huésped, cuando la fortuna abrumó de males al monarca de Ilión.

Demodoco no tardó en presentarse, seguiale Cimodocea, mas bella que la luz que despuntaba por el Oriente.

En el costado de la montaña que dominaba la casa de Lastenes, abríase una gruta, habitual retiro de los pajarillos y las palomas; y en ella, á imitación de

los solitarios de la Tebaida, Eudoro se encerraba para derramar las lágrimas de la penitencia. De las paredes de esta gruta pendía un crucifijo, y al pié del crucifijo se veían armas, una corona de encina obtenida en los combates y varias decoraciones triunfales. Eudoro empezaba á sentir renacer en el fondo de su corazón una agitación que le era demasiado conocida, por lo que asustado de su nuevo peligro, había durante toda la noche dirigido sus clamores al cielo. Cuando la Aurora hubo disipado las tinieblas, lavó la huella de sus llantos en un puro manantial, y preparándose á abandonar su gruta, trató de disminuir mediante la sencillez de su vestido, el brillo de su gentil apostura; calzóse unos borceguies galos formados de la piel de una cabra silvestre; ocultó su cilicio bajo la túnica de un cazador, echó sobre sus hombros atándola sobre el pecho, la piel de una cierva blanca; un pastor cruel había privado con su honda de la vida á aquella reina de los bosques cuando bebía con su cervatillo en la márgen del Aquelvo. Eudoro ostenta en su mano izquierda dos venablos de fresno, y de la derecha suspendía una de esas coronas de granos de coral, con las que las vírgenes mártires adornaban sus cabellos cuando marchaban á la muerte; coronas inocentes vosotras servireis luego para contar el número de las oraciones que los corazones sencillos repetían al Señor! Armado contra las fieras de los bosques y contra los ataques de los espíritus de tinieblas, Eudoro bajó de lo alto de los riscos como un soldado romano de la Legión tebana que vuelve al campamento despues de las fatigas de la noche. Salvó las aguas de un torrente, y fue á incorporarse á la pequeña reunion que le esperaba en la parte baja del jardín. Acercó á sus labios el borde del manto de Cirilo; recibió la bendición paternal, y se inclinó, bajando los ojos delante de Demodoco y Cimodocea. Todas las rosas de la mañana se esparcieron sobre las mejillas de la hija de Homero. En breve, Séfora y sus tres hijas salieron del gineceo. Entonces, el obispo de Lacedemonia, dirigiéndose al hijo de Lastenes:

—Eudoro, dijo, eres el objeto de la curiosidad de la Grecia cristiana. ¿Quién no ha oído hablar de tus desgracias y de tu arrepentimiento? Estoy persuadido de que nuestros huéspedes de Mesenia no escucharán sin interés el relato de tus aventuras.

—Sabio viejo, cuyo traje anuncia un pastor de hombres, repuso Demodoco, no pronuncias una sola palabra que no sea dictada por Minerva. Es verdad: yo, como mi abuelo el divino Homero, pasaria gustoso cinco y aun seis años en hacer ó en escuchar narraciones. ¡Nada hay mas agradable que las palabras de un hombre que ha viajado mucho, y que sentado á la mesa de su huésped, mientras la lluvia y los vientos murmuran en lo exterior, cuenta al abrigo de todo peligro los azares de su vida! Me es grato sentir humedecidos mis ojos en lágrimas, al vaciar la copa de Hércules; las libaciones ennoblecidas por el llanto son mas sagradas; la pintura de los males con que Júpiter abruma á los hijos de la tierra, temple la loca embriaguez de los festines y nos hace acordar de los dioses. Y tu mismo, querido Eudoro, hallarás algun placer en recordar las tormentas que sufriste con valor; el piloto restituido á los campos de sus padres, contempla con oculta delicia su timón y sus remos colgados durante el áspero invierno en el tranquilo hogar del labrador.

El Ladonte y el Alfeo, al confluír en la parte baja del jardín, ceñían una isla que parecia nacer del consorcio de sus aguas; estaba plantada de esos antiguos árboles que los pueblos de la Arcadia miraban como sus abuelos. Allí cortaba en otro tiempo Alcimedonte la madera de haya con que hacia tan hermosas tazas á los pastores; allí se mostraba tambien la fuente Aretusa, y el laurel que retenia bajo su corteza á

Dafne. Todos resolvieron pasar á esta isla solitaria, para que Eudoro no fuese interrumpido en el relato de sus aventuras. Los criados de Lastenes desamarran al punto de las orillas del Alfeo una larga navecilla formada de un solo tronco de pino, la familia y los extranjeros se abandonan á la corriente del río. Demodoco, observando la agilidad de sus conductores, decia con un sentimiento de tristeza.

«¡Arcadios! ¿dó están los tiempos en que los Atridas se veían precisados á prestaros naves para ir al sitio de Troya, y en que tomabais el remo de Ulises por el biello de la rubia Céres? Hoy os entregais sin susto á los furios del mar inmenso. ¡Ah! El hijo de Saturno quiere que el peligro seduzca á los mortales y que lo abracen como á un ídolo.»

En breve llegaron á la estremidad oriental de la isla, en la que se elevaban dos altares medio derruidos, el uno en la orilla del Alfeo, estaba consagrado á la tempestad; el otro, en la márgen del Ladonte, estaba dedicado á la tranquilidad. La fuente Aretusa brotaba del suelo entre estos dos altares, y se perdía al momento en el río enamorado de ella. El concurso, impaciente por oír la narración de Eudoro, se detiene en este lugar y sesienta al pié de los álamos cuyas anchas copas doraba el sol naciente. Despues de haber implorado el auxilio del cielo, el jóven cristiano habló en estos términos:

—«Me veo precisado, señores, á hablaros un momento de mi nacimiento, porque este nacimiento es el primer origen de mis males. Desciendo por mi madre de aquella piadosa familia de Megaro, que dió sepultura á los huesos de Focion debajo de su hogar, diciendo: «Querido hogar, guarda fielmente los restos de un hombre de bien.»

«Tuve por antepasado paterno á Filopemen de quien sabeis que se atrevió á oponerse por sí solo á los romanos, cuando este pueblo libre robó la libertad á la Grecia. Mi abuelo sucumbió en su noble empresa; pero ¿qué importan la muerte y los contratiempos, si nuestro nombre, pronunciado con respeto en la posteridad, va á hacer latir un corazón generoso dos mil años despues de nuestra vida?»

«Nuestra patria moribunda, para no desmentir su ingratitud, hizo beber veneno al último de sus grandes hombres. El jóven Polibio, (1) en medio de una tierna pompa, trasladó de la Mesenia á Megalopolis los restos de Filopemen. Hubiérase dicho que la urna, cargada de coronas y cubierta de cintas, encerraba las cenizas de la Grecia entera. Desde aquel momento, nuestra tierra natal, á la manera de un suelo devastado, cesó de producir ciudadanos magnánimos. Ha conservado, sí, su hermoso nombre, pero se semeja á la estatua de Temístocles, cuya cabeza han cortado los atenienses de nuestros dias para reemplazarla con la cabeza de un esclavo.

El caudillo de los Aqueos no descansó tranquilo en el fondo de su tumba; pues algunos años despues de su muerte fue acusado de haber sido el enemigo de Roma, y perseguido cruelmente ante el procónsul Minucio, destructor de Corinto. Polibio, protegido por Escipion Nascia, logró salvar de la destrucción las estatuas de Filopemen; pero esta delación sacrílega despertó los celos de los romanos contra la sangre del último de los griegos; y exigieron que en lo sucesivo el primogénito de mi familia fuese enviado á Roma al cumplir la edad de diez y seis años, para servir de rehenes en poder del Senado.

Abrumada bajo el peso de la desgracia y siempre privada de su natural caudillo, mi familia abandonó á Megalopolis, y se retiró, ya al centro de estas montañas, ya á otra heredad que poseemos al pié del Taigeto, á lo largo del golfo de Mesenia. Pablo, el sublime apostol de los gentiles, trajo en breve á Corinto

(1) Es histórico.

el remedio de todos los dolores. Cuando el Cristianismo brilló en el imperio romano, todo estaba lleno de esclavos ó de príncipes abyectos, el mundo entero pedía consuelos ó esperanzas.

«Dispuesta á la sabiduría por las lecciones de la adversidad y por la sencillez de las costumbres arcadias, mi familia fue la primera que abrazó en la Grecia la ley de Jesucristo. Sumiso á este yugo divino, yo pasaba los dias de mi niñez á las orillas del Alfeo y entre los bosques del Taigeto. La religión, manteniendo mi alma á la sombra de sus alas, la impedía, como á una flor deliciosa, que se marchitase demasiado pronto; y prolongando la ignorancia de mis años juveniles, parecia añadir inocencia á la inocencia misma.

«El momento de mi destierro llegó. Yo era el primogénito de mi familia, y habia llegado á los diez y seis años; habitabamos á la sazón nuestros campos de la Mesenia. Mi padre, cuyo lugar iba á ocupar, y que habia obtenido por un particular favor el permiso de regresar á Grecia antes de mi partida, me dió su bendición y sus consejos. Mi madre me condujo al puerto de Jeres, y me acompañó hasta el bajel. Mientras se desplegaban las velas, levantaba sus manos al cielo, ofreciendo á Dios su sacrificio. Su corazón se desgarraba á la idea de aquellos mares procelosos y de este mundo, mas proceloso todavía, que iba á atravesar, inesperto navegante. Ya el navio se engolfaba en alta mar, y Séfora permanecía aun á mi lado para animar mi juventud, á la manera que una paloma enseña á volar á su hijuelo, cuando por la vez primera abandona el nido materno. Pero le fue preciso dejarme; bajó, pues, al esquife que la esperaba fijo á un costado de nuestra trireme. Durante largo espacio me hizo señales desde la barca que volvia á la playa; yo prorrumpí en dolorosos gritos, y cuando me fue imposible distinguir á esta tierna madre, mis ojos procuraban con ahínco descubrir el techo á cuya sombra habia sido criado y la copa de los árboles de la herencia paterna.

«Larga fue nuestra navegacion; apenas habíamos pasado la isla de Teganusa, cuando un viento impetuoso de Poniente nos obligó á huir á las regiones de la Aurora, hasta la entrada del Helesponto. Despues de siete dias de una tempestad que nos ocultó todas las tierras, fuimos muy felices al poder refugiarnos hácia la embocadura del Simois, al abrigo del sepulcro de Aquiles. Aplacada la tempestad, quisimos volver y subir hácia el Occidente; pero el céfiro constante que el Aries trae de los confines de la Hesperia, rechazó mucho tiempo nuestras velas, y fuimos arrojados, ya sobre las costas de la Eolida, ya á las aguas de la Tracia y la Tesalia. Recorrimos ese archipiélago de la Grecia, donde la amenidad de las playas, el brillo de la luz, la suavidad y los perfumes del aire, compiten con el encanto de los nombres y de los recuerdos. Vimos todos esos promontorios señalados por templos ó por sepulcros. Tocamos en diferentes puertos, admiramos esas ciudades, algunas de las cuales ostentan el nombre de una flor brillante, como la rosa, la violeta, el jacinto, y que cargadas de sus pueblos como de una semilla fecunda, se despliegan en las orillas del mar á los tranquilos rayos del sol. Aunque apenas salido de la niñez, mi imaginación era viva, y mi corazón ya capaz de emociones profundas. En nuestra nave habia un griego entusiasta de su patria, como todos los griegos, y me nombraba los lugares que se presentaban á mi vista:

«Orfeo, decia, arrastró las cenizas de ese bosque á los sonos de su lira, esa montaña cuya sombra se dilata á larga distancia, debió de servir de estatua á Alejandro; esa otra montaña es el Olimpo y su valle, el valle de Tempé; he allí á Delos que flotó en medio de las aguas; allí está Naxos, donde Ariadna fue abandonada; Cecrops desembarcó en esta playa;